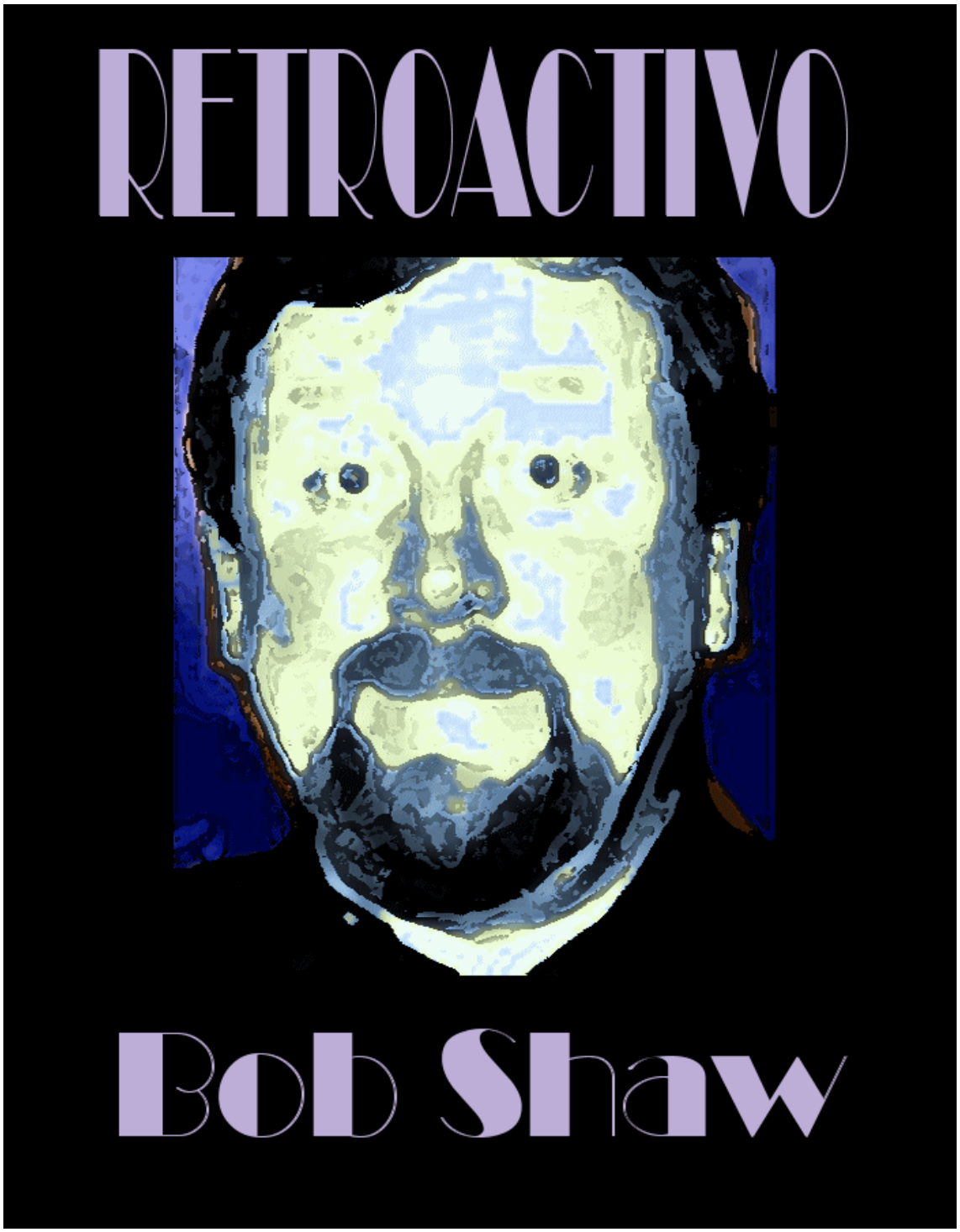
RETROACTIVO
Bob Shaw



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Muy a su pesar, Surgenor fue designado como conductor del grupo encargado de capturar a la palodariana...

Se quedó allí sin hablar mientras retiraban parte del equipo de reconocimiento del Módulo Cinco para hacer lugar para dos asientos más, después hizo descender el pesado vehículo por la rampa del *Sarafand* a una velocidad innecesaria. Había muy poca distancia entre la nave de exploración y la mole de la nave militar, el *Admiral Carpenter,* pero Surgenor utilizó el colchón de aire e hizo el trayecto en medio de nubes de arena polvorienta sumamente espectaculares. Su paso quedó señalado por un tajo rojo sangre en el desierto blanco, que cicatrizó lentamente a medida que la arena fototrópica recuperaba su color de superficie.

Uno de los guardias que había al pie de la rampa del *Admiral Carpenter* le indicó a Surgenor donde debía estacionar y dijo algo por su intercomunicador pulsera. Surgenor deslizó el Módulo Cinco hasta la pista señalada y desconectó los elevadores, permitiendo que el vehículo se apoyara en sus ancas como un gran escarabajo. Abrió la puerta y una ráfaga del aire caliente y seco de Palador entró en la cabina.

—El comandante Giyani y su gente llegarán en un par de minutos —le gritó el guardia.

Surgenor hizo una parodia muda de un saludo militar y se estiró más en su asiento. Sabía que se estaba comportando como un chico, pero ya hacía veintiséis días que el *Sarafand* estaba anclado en ese mundo, y Surgenor jamás había estado quieto tanto tiempo desde que formaba parte del Servicio Cartográfico. Eso de esperar en un mismo lugar, dilapidando la magra ración de tiempo que se le otorgaba a los mortales, lo ponía de un humor pesimista y moroso. Se quedó mirando con resentimiento el reverberante desierto blanco, que se extendía hasta el horizonte, y se preguntó por qué le había parecido hermoso la primera mañana que lo vio. Había un poco de viento ese día, claro está, y sus movimientos rápidos trazaban un enjambre de tonalidades entre rojas y blancas que barrían las dunas a medida que las capas sepultadas quedaban expuestas al sol y elaboraban su respuesta fototrópica a la luz.

El *Sarafand* había descendido con el propósito de llevar a cabo un operativo de exploración rutinario: bajar en el polo norte del planeta, regresar al espacio para hacer un medio circuito y aterrizar en el polo sur, en tanto seis módulos de exploración, que se habían desprendido de él completaban su trayecto y volvían a unírsele. No había dificultades manifiestas en el terreno, lo cual implicaba que los módulos podían viajar a la velocidad máxima y que el reconocimiento debería completarse en menos de tres días. Pero sucedió lo que nadie esperaba.

Tres de los tripulantes de los módulos informaron haber visto fantasmas.

Las apariciones eran de dos tipos —gente y edificios—; brillaban con un resplandor tenue y transparente y se desvanecían de un modo que habría impulsado a los observadores a describir el fenómeno como un espejismo, de no ser porque los espejismos tienen que tener un referente físico en alguna parte. Y una exploración orbital anterior de Palador había determinado que era un mundo muerto, que no contenía vida inteligente ni rastros de su presencia en el pasado.

—Despiértese, conductor —dijo el comandante Giyani con voz tensa—. Estamos listos para partir.

Surgenor levantó la cabeza con deliberada lentitud y echó una ojeada al oficial moreno y de bigotes negros que estaba de pie junto a la entrada del módulo, ingeniándoselas de algún modo para parecer gallardo en su equipo de fajina. Detrás de él había un teniente de cara sonrosada y ojos azules que parecían pedir perdón, y un sargento de contextura robusta, que llevaba un rifle.

—No podemos salir antes de que se hayan instalado todos —dijo Surgenor muy razonablemente, pero de un modo que manifestaba bien a las claras el disgusto que sentía al verse tratado como un chofer.

Esperó impasiblemente a que el teniente y el sargento se instalaran en los asientos extra que habían colocado atrás y que el comandante se sentara en el que quedaba libre adelante. El sargento, cuyo nombre, según recordaba Surgenor, era McErlain, no dejó el rifle sino que siguió acunándolo en sus brazos.

—Este es nuestro destino —dijo Giyani, entregándole a Surgenor una hoja de papel donde había una red de coordenadas—. La distancia desde aquí en línea recta es de alrededor de...

—Cinco kilómetros cincuenta —completó Surgenor después de un rápido cálculo mental.

Giyani levantó sus cejas negras y miró con atención a Surgenor.

—Su nombre es... Dave Surgenor ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, Dave —dijo Giyani con una amplia sonrisa que parecía decir «¿Ves cómo me río de los civiles susceptibles?», mientras señalaba las coordenadas—, ¿crees que podrás hacer el trayecto en unas ochocientas horas, según el tiempo de a bordo?

Surgenor llegó a la conclusión, ya demasiado tarde, de que lo prefería a Giyani cuando se mostraba oficioso. Puso el módulo en movimiento, giró el control para marchar sobre colchón de aire y se dirigió casi en línea recta hacia el sur. Se habló poco en ese viaje de dos horas, pero Surgenor pudo notar que Giyani se dirigía al sargento McErlain con manifiesto desagrado, en tanto el teniente —cuyo nombre era Kelvin— trataba no dirigirle la palabra al tipo grandote. El sargento le respondía a Giyani con monosílabos escuetos. Surgenor trató de recordar las murmuraciones acerca de McErlain que había escuchado en el comedor general, pero sólo podía pensar en el objetivo de esa expedición.

Cuando le comunicaron los primeros informes acerca de la presencia de «fantasmas» al Capitán Esopo (así denominaban las tripulaciones de los módulos a la computadora principal del *Sarajan*) se hizo un control del mapa geodésico de Palador que se estaba elaborando en el tablero de la computadora. Revelaba que alrededor de trescientos mil años antes habían tenido lugar remodelaciones de los lechos rocosos en localidades que correspondían con bastante exactitud con aquellas en las que se habían producido esas visiones fantasmales. Al llegar a ese punto, Esopo retiró los módulos de exploración —el Servicio Cartográfico sólo le permitía ocuparse de mundos no habitados— y se envió una transmisión taquiónica al Cuartel General. Como resultado de ese informe, el crucero *Admiral Carpenter,* que había estado surcando ese sector del espacio, llegó dos días después y asumió el control.

Una de las primeras órdenes que había dado el coronel Nietzel, comandante de las fuerzas de tierra, fue que Esopo debía considerar la información acerca de Palador como secreta y debía impedir que los civiles tuvieran acceso a ella. Esto habría significado una total ignorancia acerca de los acontecimientos siguientes por parte de la gente del *Sarafand*, pero había contacto humano entre las tripulaciones de ambas naves y Surgenor había oído rumores. Se decía que los satélites de reconocimiento que había puesto en órbita el *Admiral Carpenter* habían registrado miles de materializaciones parciales de edificios, vehículos extraños, animales y siluetas de individuos con amplias vestiduras sobre la superficie de Palador. También se decía que algunos edificios y algunas figuras se habían materializado casi totalmente, pero habían vuelto a desvanecerse antes de que ningún avión de la nave militar pudiese acercárseles. Era como si en Palador existiese otra civilización, una que tenía la propiedad de retirarse detrás de una barrera inexplicable a la llegada de los extranjeros, decidida a permanecer aislada.

Surgenor, que no había visto ninguna de esas apariciones, no daba mucho crédito a los rumores, pero había visto a los aviones del *Admiral Carpenter* sobrevolando el desierto a una velocidad supersónica, y regresar luego con las manos vacías. Y también sabía que la computadora central del crucero estaba buscándole una vuelta al asunto, correlacionando y analizando la gran cantidad de datos que suministraba la red de satélites de exploración. Y sabía, además, que la grilla de coordenadas que le había mostrado Giyani correspondía a una de las excavaciones de lecho rocoso muy viejo que se había descubierto en uno de los primeros reconocimientos del terreno.

—¿Cuánto le parece que falta? —preguntó Giyani cuando el sol ya alcanzaba el cordón de colinas bajas que había en el horizonte occidental.

Surgenor echó una ojeada a su mapascopio, que empezaba a brillar a medida que avanzaba la oscuridad, y respondió:

—Un poco menos de treinta kilómetros.

—Muy bien. Estamos bien de tiempo —respondió Giyani dejando caer la mano sobre la culata de su pistola.

—¿Piensa cazar algún fantasma? —preguntó Surgenor con aire distraído.

Giyani se miró la mano y después lo miró a Surgenor:

—Disculpe pero tengo órdenes de no discutir el operativo con usted. Para decir la verdad, si tuviésemos nuestro propio vehículo terrestre adecuado usted no estaría aquí.

—Pero estoy aquí, y voy a ver lo que pase.

—Eso le da las de ganar ¿no es cierto?

—No lo había pensado.

Surgenor fijó los ojos en las extensiones de arena que se desplegaban en las pantallas del módulo con aire sombrío, las veía cambiar su color blanco por otro rojo sangre a medida que desaparecían los últimos restos de luz del cielo. En pocos minutos más habría una noche paladoriana típica, con un desierto aparentemente negro y un cielo claro, tan tachonado de estrellas que parecía invertirse el orden normal de las cosas y la tierra, se veía muerta y el cielo que la cubría semejaba la sede de toda la vida. De pronto sintió muchos deseos de estar de vuelta en el *Sarafand* viajando hacia soles distantes.

El teniente Kelvin se inclinó hacia adelante y le dijo suavemente a Giyani:

—¿Cuándo se supone que podremos ver algo?

—En cualquier momento a partir de ahora, siempre y cuando la computadora no se haya equivocado.

Giyani se interrumpió y fijó los ojos en Surgenor por un momento; era evidente que estaba considerando si correspondía dejar trascender información en su presencia. Después se alzó de hombros y continuó:

—Hay ciertas pruebas geodésicas de que hace alrededor de trescientos mil años hubo una remodelación del lecho rocoso en este área, precisamente en la época en la que, según creemos, los paladorianos estaban en su etapa de construcción de ciudades. Los satélites de exploración pudieron captar la imagen de una ciudad en este lugar en siete oportunidades distintas en los últimos diez días, pero no hay ninguna garantía de que el orden que la computadora parece ver en todas esas apariciones no sea sino pura casualidad, y en ese caso no vamos a encontrar más que desierto.

—¿Qué tiene de particular este lugar? —inquirió Kelvin, haciendo eco a la pregunta que se le había cruzado a Surgenor por la cabeza.

—Si los paladorianos pueden moverse libremente *en el tiempo,* como creemos, la cuasimaterialización de los edificios podría ser simplemente un efecto lateral de la presencia de los nativos mismos en el presente. Es algo parecido, según me han dicho, a lo que sucede cuando uno sale de un edificio con calefacción: se lleva parte del calor con uno cuando ingresa a otro ambiente. Cada vez que nuestros satélites registraron estas apariciones también registraron la presencia de lo que pareciera ser una mujer.

—¿Y ella sí era *sólida?*

Al escuchar las palabras del comandante, Surgenor sentía que la cabina del Módulo Cinco, que le era tan familiar y donde había pasado tantas horas de su vida, se volvía ajena y hostil. Se mostraba reticente a admitir sus propios temores de que el Hombre, el perfeccionador de un tipo de pensamiento que le otorgaba el dominio sobre las tres dimensiones del espacio, se había topado por fin con una cultura más sensata y más juiciosa, que había establecido su dominio sobre los dilatados y grises estuarios del tiempo. Pero al parecer otros hombres habían tenido el mismo tipo de pensamientos.

—Hay algo allí adelante, señor —dijo Kelvin.

Giyani miró al frente nuevamente y todos fijaron los ojos en silencio. En las pantallas de la cabina comenzaban a insinuarse los contornos de una ciudad sobre el horizonte. Donde unos pocos segundos antes no había habido más que arena y estrellas, brillaban focos alineados en forma regular. Los rectángulos transparentes de la ciudad eran sorprendentemente semejantes en diseño a los de la Tierra, salvo una incongruencia: las hileras verticales de luces, que parecían ser ventanas, no siempre estaban superpuestas a las siluetas de los edificios. Era como si la ciudad no se viera tal como existió en un momento determinado sino a través de un foco de profundidad temporal que cubriese un espectro de miles de años en los cuales había tenido lugar un corrimiento de los continentes en varios metros, lo cual producía una «imagen» doble. Eso fue lo que pensó Surgenor.

A pesar de la explicación simplista que había dado Giyani de lo que estaban viendo, o tal vez a causa de ella, Surgenor empezó a sentir que le corría frío al cobrar conciencia de lo que se proponía lograr esa pequeña expedición.

—Reduzca la velocidad y continúe sobre terreno firme —dijo Giyani—. Queremos avanzar lentamente de ahora en adelante. Apague las luces, también.

Surgenor hizo bajar los elevadores y disminuyó la velocidad de superficie a cincuenta. A ese ritmo, y careciendo de referentes espaciales, el módulo de exploración parecía detenido. Los únicos sonidos de la cabina eran la ruidosa respiración de Kelvin y el leve golpeteo que producía el rifle de McErlain a medida que el sargento ajustaba trabas y controles.

Giyani le echó una ojeada a McErlain por encima de su hombro:

—¿Cuánto hace que estuvo en servicio en el *Georgetown,* sargento?

—Ocho años, señor.

—Hace bastante.

—Sí, señor. —McErlain se quedó en silencio por un rato y luego agregó—: No voy a disparar sobre nadie a no ser que me ordenen hacerlo, si es eso lo que quiere insinuar.

—¡Sargento! —La voz de Kelvin sonaba escandalizada—. Tendrá que reportarse a...

—Está bien —dijo Giyani con soltura—. El sargento, y yo nos entendemos.

Surgenor se distrajo por un instante de la increíble escena que había allí adelante. Ahora recordaba por qué se había hablado de McErlain en el comedor de la tripulación. Hacía diez u once años el *Georgetown* había tomado contacto por primera vez con una especie inteligente, que respiraba aire, en el Tercer Cuadrante y, en una catástrofe espantosa, cuyos detalles nunca se revelaron oficialmente, había aniquilado a todos los machos funcionales en una única acción militar. A partir de entonces el planeta había quedado sellado para permitir que la última generación de hembras y machos no funcionales pudiesen recorrer en paz su camino hacia la extinción. El comandante del *Georgetown* tuvo que responder por eso ante una corte marcial, pero el «incidente» había pasado a integrar el catálogo de autosumarios que la humanidad conservaba en lugar de la conciencia racial.

—Siga a esa velocidad hasta que lleguemos al flanco sur de la ciudad —ordenó Giyani.

—Necesitaremos las luces.

—No, no las vamos a necesitar. Esos edificios no existen más que en una forma muy atenuada. Siga de largo a través de ellos.

Surgenor dejó al vehículo continuar su curso original y la ciudad insustancial se desvaneció delante de él como una fina neblina. Cuando consideró que estarían en el centro de ella todo lo que podía ver era una que otra insinuación de un farol callejero de un diseño trapezoidal muy peculiar, tan leve que podría parecer el reflejo sobre un vidrio transparente.

—Los edificios no se desmaterializaron —dijo Kelvin—. Nadie había llegado tan cerca antes.

—Nadie había procesado la suficiente cantidad de datos antes —lo corrigió Giyani con aire ausente—. Tengo la sensación de que el pronóstico de la computadora va a corroborarse hasta en el más mínimo detalle.

—¿Quiere decir que...?

—Si tuviese la costumbre de apostar, apostaría el sueldo de un año a que nuestra paladoriana es una hembra preñada.

La grilla de coordenadas que se le había proporcionado a Surgenor era tan precisa que podría haber colocado el módulo en el lugar indicado al milímetro, pero Giyani le dijo que se detuviese cuando faltaban doscientos metros. Abrió la puerta y esperó a que los tres soldados bajasen a la arena oscura. El aire del

desierto era frío, ya que el descenso de la temperatura en Palador durante la noche se acentuaba por el hecho de que la superficie se volvía blanca durante su tiempo de exposición al sol y de ese modo rechazaba gran parte del calor diurno.

—Se supone que no tardaremos más que algunos minutos —le dijo Giyani a Surgenor—. Vamos a partir de inmediato en cuanto yo esté de vuelta, de modo que quiero que se quede aquí. Deje el motor en marcha y apréstese para marchar rumbo al norte en cuanto yo le dé la orden.

—Como usted diga.

Giyani *se* puso sus antiparras para ver de noche y le entregó otro par a Surgenor.

—Póngaselas y no deje de observarnos. Si llega a ver algo que anda muy mal, mande un mensaje por radio a la nave y váyase de este lugar.

Surgenor se puso el visor y parpadeó al ver la cara de Giyani como si fuera un aguafuerte bañado en una luz rojiza poco natural.

—¿Espera que haya problemas?

—No, simplemente me prevengo contra ellos.

—Mayor ¿es o no verdad que hay una misión diplomática de primera agua en viaje a este planeta?

—¿Y qué hay con eso, Surgenor? —dijo Giyani con una voz que había perdido el tono amistoso.

—Usted y el coronel no se verían muy bien con plumas en los birretes.

—El coronel no se excede en su autoridad, conductor... pero usted sí.

Los tres soldados se alejaron silenciosamente del módulo y Surgenor miró por primera vez el lugar hacia donde se encaminaban. Le resultaba extrañamente difícil enfocar la vista —tenía la sensación de estar espiando a través de un visor tridimensional mal calibrado—, pero recogió la imagen de una figura erguida, tan inmóvil que bien podría haber sido un mástil de madera arrastrado hasta la arena.

Surgenor tuvo una súbita sensación de asombro mezclada con respeto. Si las teorías eran correctas, estaba en presencia de una representante de la cultura más formidable que hubiesen encontrado jamás los hombres en sus ciegas embestidas a través de la galaxia, una raza que braceaba por el río del tiempo con tanta soltura como una nave surcaba las corrientes iónicas del espacio. Todos sus instintos le indicaban que seres como ésos debían ser abordados con reverencia, y sólo después de que ellos hubiesen manifestado desear el encuentro, pero era obvio que Giyani tenía otro modo de ver las cosas. Estaba listo para utilizar la fuerza contra una entidad que tenía el poder de escurrirse entre sus dedos como el humo. Frente a un fenómeno así el operativo estaba mal planeado desde el principio... y sin embargo Giyani era un hombre inteligente. Surgenor frunció el ceño al recordar el comentario del mayor acerca de la posibilidad de que esa paladoriana estuviese preñada.

La figura de la forastera cobró movimiento de pronto y los pliegues grises del manto se arremolinaron cuando los tres hombres se le acercaron.

Uno de los hombres hizo un movimiento brusco con la mano. La figura encapuchada se alejó a grandes trancos pero no había dado más que unos pasos cuando se dobló sobre las rodillas y cayó. Los ojos de Surgenor seguían intentando adaptarse al visor. Por un momento tuvo la sensación aterradora de que habían matado a la paladoriana; después escuchó el silbido tardío de una pistola de gas. Los tres soldados levantaron el cuerpo inerte de la extranjera y

lo llevaron hacia el módulo. Surgenor puso el vehículo en marcha y lo hizo girar para acercarse a ellos y orientarlo a la vez hacia el norte.

Por un instante en el curso del giro el desierto pareció estar vivo con resplandores de luz y figuras envueltas en túnicas que se precipitaban; pero la ilusión se desvaneció de inmediato y cuando había detenido el vehículo ya no se veía más que a los tres hombres y su extraña carga. En pocos segundos más estaban todos dentro del vehículo. Surgenor se dio vuelta en su asiento para clavar los ojos en la forastera, que yacía inconsciente en el piso. Aun con el visor nocturno apenas si discernían un rostro oval muy pálido a través de un hueco que dejaban los pliegues de la vestidura.

Es una hembra, pensó, y después se preguntó cómo podía saberlo.

—Adelante —indicó Giyani bruscamente—. Y a toda marcha, civil.

Surgenor puso en funcionamiento el colchón de aire y comenzó a avanzar antes de que el módulo se hubiese levantado lo suficiente de la superficie. Aceleró rumbo al norte con una oleada de ondulante y danzante potencia, arrastrando consigo una gran nube de arena.

Giyani se recostó en su asiento con un suspiro.

—Así va mejor. No disminuya la marcha hasta ver las naves.

Surgenor tomó conciencia de que podía oler a la extranjera. La cabina del módulo estaba llena de un olor picante y almizclado, que le hacía recordar las uvas de Concord.

—¿Cree que podemos ir lo bastante rápido? —preguntó.

—¿Qué quiere decir con eso, David? —La voz de Giyani sonaba gutural por la excitación o por la satisfacción.

—Si es cierto que los paladorianos pueden viajar por el tiempo no tiene ningún sentido que tratemos de sorprenderlos con nada. Ni que tratemos de escaparles. Todo lo que tienen que hacer es retroceder unas pocas horas y detenerlo a usted antes de salir siquiera.

—No lo hicieron ¿verdad?

—No... pero tal vez eso tenga algo que ver con evitar las paradojas...

Surgenor se interrumpió cuando la forastera que estaba tirada en el suelo gimió suavemente. En ese mismo momento aparecieron y se desvanecieron en el desierto nuevos resplandores fantasmagóricos.

—Deberíamos bajar la velocidad, mayor. A este ritmo necesitamos una distancia bastante larga para detenernos, y eso significa un *tiempo* bastante prolongado, lo cual nos convierte en blancos más fáciles.

—¿Blancos?

—Más fáciles de discernir. En el tiempo, quiero decir. Nos hace más predictibles.

—Tengo una idea, David. —Giyani se dio vuelta en su asiento y le sonrió a Kelvin mientras hablaba—. ¿Por qué no se toma unos minutitos antes de cenar y nos escribe un manual de táctica? Estoy seguro de que el coronel Nietzel se sentiría agradecido por los consejos que pueda darle.

Surgenor se encogió de hombros.

—Es algo que se me ocurrió, nada más.

—Podría llamarlo *Tácticas para un encuentro temporal.* —Giyani parecía decidido a no abandonar su chiste—. Por D. Surgenor, chofer.

—De acuerdo, mayor —dijo Surgenor pacientemente—. Yo solamente...

Su voz se apagó cuando, sin aviso previo, el Módulo Cinco quedó sumergido en una luz verdosa enceguecedora. *El sol,* pensó sin poder creerlo, y

enseguida la mole del vehículo que cae. Imágenes de una vegetación verde lujurioso cruzaban las pantallas a medida que el módulo se inclinaba, chocaba contra la superficie en uno de sus flancos y rebotaba hacia atrás nuevamente. Hubo una serie de informes escuetos a medida que segaba un montecito de árboles bajos, dejando a ciegas casi todas las pantallas ya que los sensores perdieron su cubierta exterior en el proceso. Por fin el vehículo se deslizó un trecho y se detuvo en una maraña de vegetación densa, y el sonido atronador de su avance fue reemplazado por el desagradable silbido que produjo el gas que se escapaba de un caño roto. Unos pocos segundos más y el insistente y agudo chirrido del circuito de alarma indicaba que la cabina comenzaba a contaminarse con sustancia radio activa.

Surgenor se quitó las grampas que lo habían sujetado automáticamente al respaldo de su asiento en cuanto se sintió el primer impacto. Abrió de par en par la puerta más cercana para dar paso a una ráfaga de aire húmedo y cálido, de una especie que no había visto el planeta Palador —se lo decían sus instintos— desde hacía muchas eras geológicas.

Retrocedieron siguiendo el precario sendero que había abierto el Módulo Cinco hasta que el dial polirradial que llevaba Surgenor en la muñeca les indicó que ya estaban a una distancia prudencial de la pérdida radioactiva que había en el interior del vehículo. Kelvin y McErlain depositaron a la forastera envuelta en la túnica en el suelo y le apoyaron la espalda contra un tronco caído. Aunque habían recorrido menos de dos metros tenían los uniformes empapados de sudor. Surgenor sentía cómo sus propias ropas se le pegaban a los brazos y a los muslos, pero la incomodidad física era insignificante comparada con la tensión mental que le producía la desubicación. La noche se había hecho día y a la vez se había hecho jungla. El sol amarillo y caliente —ese sol *imposible*— parecía clavarle dardos en los ojos y lo llenaba de temor.

—Una de dos —dijo Giyani fríamente, sentándose sobre un tronco y masajeándose el tobillo—, o estamos en un lugar diferente en el mismo tiempo... o estamos en el mismo lugar pero en otro tiempo. —Lo miró a Surgenor de frente—. ¿Qué opina usted, David?

—Yo opino que la regla número uno de ese libro de táctica escrito por D. Surgenor, chofer, va a ser «Maneje despacio»... tal como le dije antes. Casi nos...

—Ya sé que eso es lo que opina, David, y admito que tenía razón allí, o *entonces,* pero ¿además de eso?

—Parecería como si nos hubiésemos topado con el equivalente paladoriano de una mina enterrada. Me pareció ver algo que se movía poco antes de chocar.

—¿Una mina? —preguntó Kelvin mirando alrededor con ojos enceguecidos por la luz, y fue entonces cuando Surgenor se dio cuenta de que el teniente apenas superaba la adolescencia.

—Pienso que tiene razón —asintió Giyani—. Tomamos una prisionera y los paladorianos no están dispuestos a soportarlo. En circunstancias similares nosotros podríamos haber utilizado una bomba que habría hecho retroceder el blanco en el espacio, pero parece que los nativos del lugar piensan de otro modo... Usted recibió instrucción geológica, David... ¿Qué tan lejos en el pasado nos habrán arrojado?

—No recibí un entrenamiento geológico formal y, además, las escalas temporales de evolución varían de planeta en planeta, pero... —Surgenor hizo un gesto que abarcó los muros de vegetación verde y lujuriosa que los rodeaban, el aire húmedo y silencioso y el sol enceguecedor.

—...Para que se produzca un cambio climático de esta magnitud habría que hablar en términos de millones de años. Un millón, diez millones, cincuenta... elija usted.

Escuchaba sus propias palabras fascinado, maravillándose de que su cuerpo tuviese la capacidad de seguir funcionando con toda normalidad, aparentemente, a pesar de lo que había sucedido.

—¿Tanto? —Giyani seguía pareciendo tranquilo, pero un poco preocupado.

—¿Habría alguna diferencia si dijese que son sólo mil años? Nos eliminaron, mayor. No hay regreso posible.

Surgenor trataba de aceptar el hecho a medida que hablaba. Giyani asintió lentamente, Kelvin bajó la cabeza y se tomó la cara con las manos y McErlain se quedó allí parado, impasible, con los ojos fijos en la figura de la paladoriana. Surgenor registró en algún rincón de su mente el hecho de que el robusto sargento seguía sosteniendo el rifle, que al parecer nunca se había alejado de sus manos.

—Podría haber un camino de regreso —dijo McErlain tercamente—, si pudiésemos sacarle a ella alguna información.

Señaló con el rifle hacia donde estaba la paladoriana.

—Lo dudo, sargento. —Giyani parecía Impasible.

—Se aseguraron bien de que no la llevásemos de vuelta a la nave ¿no? ¿Por qué hicieron eso?

—No sé, sargento. Pero, sea como sea, deje de apuntarle a la prisionera con el rifle. No podemos permitirnos una masacre aquí.

—¿Señor? —La cara de rasgos toscos de McErlain estaba pálida y resuelta.

—¿Qué pasa, sargento?

—La próxima vez que haga alguna alusión a mi servicio en el *Georgetown* —dijo McErlain con una voz monótona— le clavó la punta del rifle en la garganta.

Giyani se puso de pie de un salto, con los ojos pardos desorbitados por la sorpresa.

—¿Sabe lo que puedo hacerle por eso?

—No, pero me encantaría saberlo, mayor. ¿Qué es lo que puede hacerme?

El sargento sostenía el rifle con un aire tan indiferente como siempre, pero ahora lleno de significado.

—Puedo empezar por quitarle ese arma.

—¿Cree que sí?

McErlain sonrió mostrando dos hileras de dientes desparejos pero muy blancos, y Surgenor tomó conciencia súbitamente de que no era una figurita militar sino un ser humano. Los dos hombres uniformados se enfrentaban en el silencio sofocante de la selva. Al contemplar ese cuadro iluminado con una luz tan brillante Surgenor sintió que había alguna irrelevancia peculiar que le distraía la atención. Había algo incongruente en alguna parte. Había algo que estaba fuera de lugar, o algo que faltaba en esa escena primitiva...

La paladoriana emitió una especie de silbido y se enderezó con movimientos deliberados y penosos. McErlain fue hacia ella y con un movimiento brusco le quitó la capucha. Surgenor experimentó una rara sensación de asombro cuando vio el rostro de la extraña iluminado por la luz brillante, que no hacía

concesiones. La rápida ojeada eme había podido echarle en la oscuridad del módulo le había dejado la impresión no de belleza, pero sí de cierto grado de compatibilidad con los patrones de belleza humanos. Bajo la despiadada luz solar no se disimulaba en lo más mínimo el hecho de que la nariz era un bulto informe, que los ojos eran considerablemente más pequeños que los de los humanos y que el cabello era tan grueso que cada pelo brillaba individualmente como alambre esmaltado en negro. Teniendo en cuenta todo eso no cabe duda de que es una hembra, pensó Surgenor. ¿Habrá acaso un principio femenino cósmico que se manifiesta a primera vista, aun cuando se es extraño? Surgenor se sintió momentáneamente incómodo al darse cuenta de que pensaba en sí mismo cómo de un extraño.

La boca de labios secos de la paladoriana emitió nuevos sonidos quejumbrosos cuando la mujer movió la cabeza de un lado hacia el otro, mientras los ojos color ciruela vagaban por los cuatro hombres y el telón de fondo de la selva.

—Adelante, sargento —dijo Giyani sardónicamente—. Interrogue a la prisionera y encuentre el modo de viajar un millón de años hacia el futuro.

Surgenor se volvió hacia él:

—¿Tenemos algún dato de la lengua de los paladorianos?

—Ni la menor idea. En realidad, ni siquiera sabemos si emplean palabras... bien podría ser que utilizasen uno de esos zumbidos o susurros ininterrumpidos como los que usan en...

Se interrumpió cuando la extraña se puso de pie y se quedó allí tambaleando un poco, con la pálida piel untuosa y brillante.

—No deja de mirar hacia atrás —dijo el teniente Kelvin en voz muy alta, señalando el rastro de vegetación destrozada y arrancada que se extendía por donde se había arrastrado el módulo. Corrió unos metros por ese sendero con zancadas ansiosas de adolescente.

—¡Mayor! Aquí atrás hay algo. Un túnel o algo así.

—Imposible —dijo Surgenor instintivamente, pero se paró sobre un tronco y se cubrió los ojos del sol. En el extremo más alejado del sendero pudo ver una círculo de negrura. Parecía la entrada de una cueva, salvo que no había ninguna ladera de colina a la vista.

—Voy a echar una ojeada —dijo Kelvin y su silueta alta y enjuta se alejó de un salto del grupo.

—¡Teniente! —La voz de Giyani sonaba crispada, como reasumiendo el comando después de su inconclusa riña con McErlain—. Vamos a ir juntos.

Miró de frente a la paladoriana y después señaló el sendero. Ella pareció comprender de inmediato y empezó a caminar, recogiendo los pliegues de su falda exactamente del mismo modo como lo habría hecho una terrícola. McErlain se alineó detrás de ella con su rifle. Surgenor, que caminaba junto al sargento, notó que la paladoriana parecía moverse con cierta dificultad, casi como si estuviese enferma, pero con una sutil diferencia.

—Mayor —gritó—, no necesitamos ningún tipo de secreto militar... ¿cómo sabía usted por adelantado que la prisionera estaba preñada?

—Eso fue lo que concluyó nuestra unidad central de procesamiento de datos luego de analizar todas las observaciones registradas por los satélites de exploración. Los nativos suelen ser más delgados y más movedizos que la prisionera.

—Ya entiendo.

A Surgenor lo asaltó un pensamiento perturbador: en cualquier momento deberían enfrentarse con la intimidadora tarea de tener que ayudar a dar a luz un niño alienígena, sin ningún tipo de asistencia.

—¿Y por qué se nos ocurrió buscar a una que estuviese preñada?

—Cuando dije que eran menos movedizas usaba el término con todas las implicancias que tiene en este planeta.

Giyani retrocedió hasta colocarse junto a Surgenor y le ofreció un cigarrillo, que Surgenor aceptó agradecido.

—Los registros de exploración —continuó Giyani— demuestran que las nativas preñadas no viajan por el tiempo con tanta facilidad como los demás. Se materializan sólida y totalmente en el presente, y una vez hecho esto permanecen más tiempo en ese estado. Parece ser que les resulta más difícil desvanecerse.

—¿Por qué será?

Giyani se encogió de hombros y arrojó una voluta de humo:

—Vaya uno a saber. Si es cierto, como parece, que todo se realiza por medio del control mental, tal vez la presencia de otra mente dentro de su propio cuerpo ata un poco a la hembra. De otro modo jamás habríamos atrapado a ésta.

Surgenor sorteó cuidadosamente un tocón de árbol.

—Esa es otra de las cosas que no comprendo. Si los paladorianos están tan ansiosos por evitar el contacto ¿por qué permiten que las hembras vulnerables ingresen al sector espacio-temporal ocupado por nosotros?

—Esa también es una buena pregunta, David. Me gustaría conocer la respuesta. ¿Se le ocurrió la posibilidad de que su control sobre el tiempo no sea total, del mismo modo como no es perfecto nuestro manejo del espacio normal? Desde que descendimos en Palador algunos de nuestros intelectuales a bordo de la nave están afirmando que los nativos han demostrado que el pasado, el presente y el futuro coexisten. Bueno, puede ser, si se lo mira desde cierta perspectiva, pero supongamos que el «presente» sigue siendo más importante que las otras dos dimensiones del tiempo de un modo u otro. Sería algo así como la cresta de una ola, que arrastraría con ella a las hembras parturientas. Tal vez el feto está ligado al «presente» porque todavía no ha aprendido cierta disciplina mental, o bien... Pero ¿Qué sentido tiene darle vueltas y vueltas a todo este material teórico? —se interrumpió Giyani controlando su propia expansividad—. No modifica nada.

Surgenor asintió pensativamente, reconsiderando su juicio sobre Giyani. Se había imaginado que el mayor era un hombre inteligente que avanzaba hacia el peligro con los ojos abiertos, pero era culpable —como en el caso de McErlain— de haberlo considerado un estereotipo militar más con una mente rápida e inflexible. Su charla con Giyani había sido instructiva en más de un sentido.

Surgenor tuvo una breve pero clara visión de lo que tenía adelante y dejó de pensar en el mayor.

Había un disco negro como la noche, de unos tres metros de diámetro, flotando en el aire. Su borde inferior estaba a escasa distancia del suelo. Los bordes eran borrosos, resplandecientes y cuando Surgenor se acercó más vio que la negrura del disco estaba matizada por el intenso fulgor de las estrellas.

La figura embozada de la paladoriana tambaleó un par de pasos y se detuvo. McErlain se colocó entre ella y el disco negro y la obligó a apartarse de él.

—Reténgala allí, sargento. —La voz de Giyani era amable—. Tal vez estemos de vuelta para el desayuno al fin de cuentas.

—Esto es lo que estaba buscando —dijo el teniente Kelvin—. Supongo que es algo así como una línea de vida. Del otro lado está nuestro tiempo.

Surgenor se hizo visera con la mano y espió el disco. Las estrellas que había adentro parecían las mismas que habían visto por última vez mientras rodaban por el desierto de Palador en el siglo XXIII D.C. Tuvo un escalofrío y sólo entonces notó que había una tenue brisa soplando a sus espaldas. Las corrientes de aire parecían moverse en dirección al extraño disco. Empezó a abrirse camino a través de la capa de vegetación intacta que separaba el final del sendero de plantas arrancadas del círculo negro azabache.

—¿Qué está usted haciendo, David? —dijo Giyani con voz de alerta.

—Un pequeño experimento.

Surgenor se acercó al disco, cuyo borde inferior estaba apenas por encima de su cabeza. Aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y después lo sopló hacia arriba. Siguió una dirección vertical por un instante y luego fue absorbido por la negrura. Arrojó la colilla detrás. El cilindro blanco brilló momentáneamente al sol y luego se desvaneció, sin completar su trayectoria del otro lado del disco.

—La presión es diferente —dijo, volviendo hacia el grupo—. El aire tibio flota hacia el agujero. Hacia el futuro, supongo.

Él, Giyani y Kelvin se abrieron camino a través de la vegetación hasta alcanzar el área del otro lado del disco, pero, desde ese punto de vista, el disco era inexistente. Lo único que se veía era a McErlain ofreciéndole su rostro impasible a la paladoriana mientras el rifle reposaba sobre su brazo. Giyani sacó una moneda del bolsillo y la arrojó describiendo un arco titilante que debería haber pasado por el disco. La moneda cayó al suelo cerca del sargento.

—Parece tentador —dijo Giyani mientras volvían hacia el punto de partida y veían cómo la negrura iba creciendo de una simple línea vertical a una elipse y luego a un círculo—. Es reconfortante pensar que lo único que tenemos que hacer es brincar por ese agujero para volver sano y salvos a nuestro propio tiempo... ¿pero cómo podemos estar seguros?

Kelvin se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Es obvio, señor. Si no, ¿para qué estaría acá?

—Está actuando emotivamente, teniente. Está tan ansioso por volver a la nave que desdeña a los paladorianos considerándolos enemigos benévolos que lo dejan a uno seco jugando al poker y después, al terminar la partida, le devuelven a uno la plata.

—¿Señor...?

—¿Por qué golpearnos con una... bomba temporal y rescatarnos después? ¿Cómo sabemos que no hay un abismo de mil metros del otro lado del agujero?

—Si fuera así tampoco podrían rescatar a su propia hembra.

—¿Por qué no? Podrían esperar a que nosotros saltáramos y nos matáramos para después «enfocar» mejor el disco y permitirle a la prisionera pasar fácilmente por él.

La cara sonrosada de Kelvin estaba ensombrecida por la duda.

—Es un razonamiento demasiado tortuoso, señor. Nosotros podríamos empujar a la prisionera primero.

—¿Y darles entonces la posibilidad de cerrar el agujero con nosotros de este lado? No trato de complicar las cosas, teniente. Es sólo que no podemos darnos el lujo de un error en una situación como ésta.

Fue hacia donde estaba la silenciosa paladoriana, señaló el disco e hizo un movimiento de arco hacia él con su mano derecha. Ella lo miró fijo por un momento, emitió un leve silbido y repitió el gesto. Su mirada volvió a detenerse en el rostro de McErlain y los ojos del sargento se quedaron fijos en los de ella de un modo que a Surgenor le resultó vagamente perturbador.

—Ya ve usted —dijo Kelvin—. Se supone que tenemos que pasar, señor.

—¿Está usted seguro, teniente? ¿Puede usted garantizarme que cuando un paladoriano repite un gesto no quiere decir «negativo» o «anulado»?

Surgenor sacó los ojos del sargento.

—Tenemos que partir de alguna base, mayor. ¿Por qué no arrojamos algo bastante pesado a través del círculo para ver si hace ruido al caer al suelo?

Giyani aprobó la idea. Surgenor se dirigió a un pequeño cráter provocado por el primer impacto del Módulo Cinco contra el suelo y recogió una piedra del tamaño de una pelota de fútbol. Se la trajo consigo y, utilizando ambas manos, la arrojó describiendo una parábola en dirección al círculo de negrura. Su desaparición estuvo seguida de un silencio absoluto.

—Eso no prueba nada —dijo Surgenor—. Tal vez el sonido no pasa por esa abertura.

—El sonido es vibración —dijo Giyani lentamente—. La luz de las estrellas también está formada por una serie de vibraciones, y podemos ver las estrellas del otro lado.

—Pero... —Surgenor estaba empezando a perder la paciencia—. De cualquier modo estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Ya sé —interrumpió Kevin—. Podemos echar una ojeada desde arriba.

Sin esperar a que el mayor le diera permiso se trepó por el tronco plateado de un árbol y avanzó cautelosamente por una rama horizontal que se extendía muy cerca del círculo negro. Cuando estuvo lo más cerca posible, se puso de pie, balanceándose y tratando de conservar el equilibrio al agarrarse de algunas ramas debiluchas, y se hizo visera sobre los ojos.

—Todo en orden, señor —gritó—. Puedo ver el suelo del desierto allá abajo.

—¿Muy abajo?

—Un metro más o menos. Está a un nivel más alto que el suelo de este lado.

—Eso fue lo que provocó el impacto cuando cruzamos —dijo Surgenor—. Tuvimos suerte de que el nivel del suelo se hubiese alterado tan poco en tantos años.

Inesperadamente, Giyani sonrió.

—Buen trabajo, teniente. Ahora baje que vamos a construir algún tipo de rampa para alcanzar el borde inferior.

—¿Para qué molestarse? —La voz de Kelvin sonaba chillona y había una mueca tensa y desesperada en su rostro delicado—. Puedo arreglármelas desde aquí.

—*¡Teniente!* Venga... —La voz de Giyani se desvaneció al intentar Kelvin un salto desmañado a través del círculo. Pareció resbalarse en el momento de saltar, perdiendo así una altura considerable, pero se inclinó en el aire como si

fuese a zambullirse en el agua. Mientras su cuerpo desaparecía por la mitad inferior del círculo una de sus piernas interceptó el borde de negrura, justo a la altura del tobillo. Un borceguí marrón cayó sobre la vegetación que había debajo del disco haciendo un ruido sordo y desagradable. Incluso antes de empezar a ver el rojo de la sangre, Surgenor estaba seguro de que el pie de Kelvin seguía estando en la bota.

—¡Qué estúpido! —dijo Giyani con desagrado—. Es un tipo acabado.

Surgenor le agarró el brazo.

—Eso no importa tanto. ¡Mire el círculo!

El negro disco de noche se estaba encogiendo.

Surgenor se quedó mirando, estático y fascinado, cómo el círculo iba contrayéndose incesantemente, como el iris de un ojo cuando reacciona a la luz, hasta que su diámetro se redujo a escasos dos metros. Y aun cuando el movimiento centrípeto había terminado Surgenor se quedó con los ojos fijos en el borde para asegurarse de que esa puerta al futuro no iba a desvanecerse por completo.

—Es un problema —murmuró Giyani—. Es un verdadero problema, David.

Surgenor asintió.

—Parecería ser que el poder que mantiene ese agujero abierto se deteriora de algún modo cuando algo lo atraviesa. Y si la disminución del diámetro es proporcional a la masa transmitida... ¿Qué diámetro diría usted que tenía el disco antes de que Kelvin pasara?

—Unos tres metros.

—Y ahora tiene alrededor de dos... lo que significa que la superficie se redujo a la mitad.

Los tres hombres se miraron mientras hacían el cálculo mental sencillo que los convertía en enemigos mortales, y lenta, instintivamente, empezaron a apartarse.

—Lo siento muchísimo —dijo el mayor Giyani sobriamente— pero no tiene ningún sentido seguir discutiendo. No cabe la menor duda acerca de quien es el que tiene que pasar antes.

El tardío sol del crepúsculo, que se reflejaba a través del verde ininterrumpido de la vegetación selvática, lo hacía aparecer más pálido que de costumbre.

—Eso significa que el próximo es usted, claro. —Surgenor se miró las manos, que tenían varios tajos debidos al trabajo de construir una rampa tosca hasta el borde inferior del círculo.

—No, *claro*... pero sucede que yo soy el único aquí que recibió una instrucción completa acerca de la situación en Palador. Ese hecho, unido a mi entrenamiento especial, implica que mi testimonio sobre este asunto es de suma importancia para el Comando Expedicionario.

—No estoy de acuerdo —dijo Surgenor—. ¿Cómo sabe usted que yo no tengo una memoria eidética?

—¿Y quién le dice a usted que yo no poseo también memoria eidética? —La mano derecha de Giyani cayó, con aparente indiferencia, sobre la culata de su pistola—. De todos modos, considerando que disponemos de técnicas de hipnosis, no es tan importante lo que uno recuerde sino lo que uno se tomó el trabajo de observar.

—En ese caso —intervino McErlain—. ¿Qué es lo que observó usted de esta jungla?

—¿Qué me quiere decir, sargento? —replicó Giyani con impaciencia.

—Pregunto, nada más. Hay algo muy particular en esta selva. Un observador de primera como usted ya tendría que haberlo notado... así que... ¿Qué hay de particular aquí... señor?

Los ojos de Giyani recorrieron la escena por un momento.

—No es hora de juegos de salón.

Las palabras del sargento habían pulsado cierta cuerda de la memoria de Surgenor, recordándole que él también había tenido la sensación de algo fuera de lugar en ese ambiente, de algo que diferenciaba a esa selva de todas las otras selvas en las que había estado.

—Continúe —dijo Surgenor.

McErlain miró a su alrededor con aire de triunfo, casi de conquista, antes de hablar.

—No hay flores.

—¿Y con eso qué? —Giyani parecía contrariado.

—Las flores tienen el propósito de atraer insectos. Así es como se reproducen la mayor parte de las plantas... gracias a que los insectos voladores llevan el polen en sus patas y lo diseminan por todas partes. Todo esto —McErlain señaló con la mano las paredes densas de follaje— tuvo que haberse reproducido de alguna otra forma. De alguna forma que no depende de...

—¡La vida animal! —dijo Surgenor bruscamente, preguntándose cómo no se había dado cuenta antes. Esa jungla, el antiguo mundo verde de Palador, era *silenciosa.* No había animales moviéndose por el suelo, no había pájaros que cantaran ni insectos que vibraran en el aire. Era un mundo sin vida móvil.

—Una observación interesante —dijo Giyani fríamente— pero de poca importancia para el problema inmediato.

—Eso es lo que usted cree.

McErlain hablaba con una vehemencia salvaje que obligó a Surgenor a mirarlo con más detenimiento. El robusto sargento parecía estar tranquilo y en reposo, pero tenía los ojos clavados en Giyani. Se había ubicado asombrosamente cerca de la paladoriana silenciosa. Casi era como si (a Surgenor le resultaba perturbador pensarlo) McErlain y la alienígena hubiesen empezado a compartir algún tipo de vínculo. Desvió su atención hacia la rampa que habían construido con los árboles derribados por el módulo. La base estaba a pocos pasos de él, y podía treparse hasta alcanzar el disco en poco más de dos segundos... pero tenía la oscura certeza de que el sargento lo mataría en menos de ese tiempo. Su única esperanza parecía radicar en que Giyani y McErlain quedasen tan envueltos en su conflicto personal que olvidasen vigilarlo. Se acercó disimuladamente hacia la rampa tratando de pensar en el modo de llevar a los dos soldados a un choque frontal.

—Mayor —dijo como al pasar—, usted dice que su preocupación fundamental es el Comando Expedicionario ¿verdad?

—Correcto.

—Bueno ¿se le ocurrió pensar que los paladorianos no colocaron este túnel, esta línea de vida o como quiera que se lo llame, para beneficio nuestro? Probablemente su única preocupación haya sido rescatar a la prisionera.

—¿Y qué hay con eso?

—En ese caso usted tiene la oportunidad de hacer un verdadero gesto de buena voluntad. Un gesto que podría hacer que los paladorianos empezasen a mostrarse más colaboradores con nuestras fuerzas. Si mandase a la prisionera a su propio tiempo le haría más bien a mayor cantidad posible de gente. ¿Qué valor pueden tener nuestras tres vidas frente a...?

Giyani desató la correa de su cartuchera con un movimiento rápido.

—No trate de hacerse el vivo conmigo, David. Y apártese de esa rampa.

Surgenor sintió miedo, pero no se movió.

—¿Y qué me dice de eso, mayor? La mente de los paladorianos es tan distinta a la nuestra que no tenemos la menor idea de lo que puede estar pensando esta mujer. No podemos intercambiar una sola palabra o un solo pensamiento con ella, pero no podría haber ninguna posibilidad de malentendido con respecto a nuestras intenciones si la enviamos por ese agujero.

Puso el pie en la base de la rampa.

—¡Vuelva aquí! —gritó Giyani agarrando su arma y empezando a desenfundarla.

El rifle de McErlain hizo un chasquido casi imperceptible.

—Saque la mano del revólver —dijo con calma.

Giyani se quedó duro.

—No sea tonto, sargento. ¿No ve lo que está haciendo?

—No se le ocurra sacar ese revólver.

—¿Quién se cree que es, sargento? —La cara de Giyani se ensombreció con la furia contenida—. No estamos en el...

—Adelante —lo ayudó McErlain con una amabilidad peligrosa—. ¿Por qué no hace alguna otra alusión a mi servicio en el *Georgetown?* ¿Por qué no vuelve a acusarme de genocidio?

—Yo no estaba...

—Sí, usted estaba acusándome. Se pasó el año haciéndolo, mayor.

—Lo siento.

—No lo sienta... fue verdad, así que ya ve.

La mirada de McErlain pasó de Giyani a la silueta enigmática de la paladoriana y volvió al mayor.

—Yo era uno de los fusileros de la partida. No sabíamos nada acerca de ese extraño sistema de reproducción que tenían los nativos; no teníamos la menor idea de que un puñado de machos tenía que preservar el honor de la raza haciendo un ataque ritual. Todo lo que veíamos era a una banda de gorilas que se nos acercaban con lanzas. Así que los quemamos a todos.

Surgenor se inclinó preparándose para trepar a toda velocidad el tronco que servía de eje a la rampa.

—No dejaron de avanzar —continuó McErlain con el rostro casi sacerdotal por la tristeza—. Y nosotros seguimos disparando... y eso fue todo. Pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que habíamos exterminado a toda una especie de seres inteligentes.

Giyani extendió los brazos.

—Lo siento, McErlain. Yo no sabía cómo había sido el asunto, pero vamos a hablar de todo eso aquí mismo y ya mismo.

—Pero precisamente de eso estaba hablando yo, mayor ¿no se había dado cuenta? —McErlain parecía confundido—. Yo creí que sabía.

Giyani aspiró profundamente, avanzó hacia el sargento y cuando habló la voz era firme.

—Usted es un hombre de treinta años, McErlain. Los dos sabemos lo que significa eso. Ahora, escúcheme bien. Le ordeno que me entregues ese rifle.

—¿Me *ordena?*

—Se lo ordeno, sargento.

—¿En nombre de qué autoridad?

—Usted ya lo sabe, sargento. Yo soy un oficial de las fuerzas armadas del planeta donde ambos nacimos.

—¡Un oficial! —La expresión de contrariedad de McErlain se acentuó—. Pero usted no entiende. Usted no entiende nada... ¿Cuándo llegó a oficial de las fuerzas armadas del planeta en el que ambos nacimos?

Giyani suspiró.

—El 10 de junio de 2276.

—Y usted está autorizado a darme órdenes porque es un oficial.

—Usted es un hombre de treinta años, McErlain.

—Y dígame... señor. ¿Habría estado usted autorizado a darme órdenes el 9 de junio de 2276?

—Claro que no —dijo Giyani suavemente.

Extendió la mano y agarró el caño del rifle del sargento. McErlain no se movió.

—¿Ahora en qué fecha estamos?

—¿Cómo podemos saberlo?

—Vamos a plantearlo así... ¿es antes o después del 10 de junio de 2276?

Giyani empezaba a dar muestras de cansancio.

—No sea ridículo, sargento. En una situación como ésta lo que cuenta es el tiempo subjetivo.

—Eso sí que es nuevo —comentó McErlain—. ¿Es un artículo del Reglamento o lo sacó del libro que va a escribir su amigo, ese que está allí parado y cree que no me doy cuenta de que está acercándose disimuladamente a la rampa?

Surgenor sacó el pie del tronco plateado y esperó con la sensación creciente de que se había agregado un elemento inexplicable y peligroso a la situación. La paladoriana se había colocado la capucha, pero los ojos parecían estar fijos en McErlain. Surgenor tuvo la extraña certeza de que comprendía lo que estaba diciendo el sargento.

—Así es la cosa ¿verdad? —dijo Giyani encogiéndose de hombros.

Se alejó de McErlain y se apoyó en la base de un enorme árbol de hojas amarillas. Desvió su atención hacia Surgenor.

—¿Es mi imaginación, David, o ese círculo está encogiéndose un poco?

Surgenor examinó el disco negro con su incongruente titilar de estrellas y sintió que se intensificaba su sensación de urgencia. El círculo parecía un poco más chico.

—Tal vez se deba al aire que sopla desde aquí. El aire húmedo tiene mucha masa.

Se interrumpió cuando Giyani se escondió rápidamente detrás del árbol en el que había estado apoyado. Desde su perspectiva excepcional Surgenor pudo ver que el mayor aferraba su arma. Se arrojó junto a la rampa en busca de protección pero simultáneamente el rifle de McErlain emitió un destello de muerte. Debía estar cargado con la máxima potencia, porque el rayo ultraláser

atravesó el pecho de Giyani. Cayó envuelto en sangre y fuego. El árbol se balanceó unos segundos, mientras en el hueco ennegrecido se pulverizaban las cenizas, y después se inclinó y se desplomó ruidosamente en medio de otros árboles.

Dándose cuenta demasiado tarde de que la rampa no le brindaba ninguna protección, Surgenor se puso de pie y lo enfrentó a McErlain.

—Supongo que ahora me toca el turno a mi.

—Mejor apúrese a treparse al agujero antes de que desaparezca —dijo.

—Pero... —Surgenor se quedó mirando a esa extraña pareja, el robusto y rústico sargento McErlain y la figura pequeña y gris de la paladoriana, y se hizo mil conjeturas—. ¿Usted no se va? —preguntó torpemente.

—Tengo que hacer.

—Pero...

—Hágame un favor —lo interrumpió McErlain—. Dígales que estoy rehabilitando mi foja de servicios. En una oportunidad ayudé a exterminar un planeta... ahora estoy ayudando a que nazca otro.

—No veo cómo.

McErlain le echó una ojeada a la extraña sin nombre.

—Está por tener un hijo. No podrían sobrevivir sin ayuda. No hay tanta comida.

Surgenor subió por la rampa y se quedó parado junto al círculo negro.

—¿Y si no hay nada de comida? ¿Cómo cree que podrán sobrevivir?

—Tenemos que sobrevivir —dijo McErlain con sencillez—. ¿De dónde, entonces, cree que provino toda la gente de este planeta?

—Pueden haber venido de cualquier parte. Las probabilidades de que la raza de los paladorianos se haya originado aquí, en este preciso lugar, son tan remotas que... —Se interrumpió, sintiéndose culpable, cuando vio que los ojos de McErlain lo miraban desesperados y menesterosos.

Le echó una última mirada al sargento y a su enigmática compañera y después se zambulló limpiamente por el círculo negro. Tuvo un instante de pavor cuando cayó en la oscuridad, después rodó por la arena fría y se sentó, temblando. Allá arriba brillaban las conocidas estrellas del cielo paladoriano, pero su atención se desvió hacia el círculo por el que había salido. Ahora era un disco de luz brillante y verdosa —miraba desde la noche hacia el día— suspendido sobre el suelo del desierto. Se quedó mirándolo mientras se encogía con ritmo vacilante hasta alcanzar el tamaño de un plato de oro brillante de sol y reducirse finalmente a un diamante enceguecedor. El aire silbaba al pasar por el agujero con un sonido más y más agudo hasta que el disco se redujo a una estrella y luego se desvaneció.

Cuando volvió a acostumbrarse a la oscuridad distinguió la silueta del teniente Kelvin que yacía sobre la arena a escasa distancia de donde él estaba. La venda provisoria que se había puesto en el tobillo se destacaba como una mancha blancuzca.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Surgenor.

—Ya hice un llamado —dijo Kelvin débilmente, sin moverse—. Supongo que estarán por llegar. ¿Dónde están los demás?

—Se quedaron allá.

Algo le decía a Surgenor que McErlain y la paladoriana estaban muertos desde hacía millones de años, pero también había algo que le decía que seguían vivos, porque el pasado y el presente y el futuro eran una misma cosa.

—No pueden salir —agregó.

—Eso quiere decir... que están muertos desde hace mucho tiempo.

—En cierto modo.

—¡Dios mío! —murmuró Kelvin—. ¡Qué manera estúpida y absurda de morirse! Como si nunca hubiesen vivido.

—No exactamente —dijo Surgenor.

Tenía la leve e ilógica esperanza de que, de algún modo, los paladorianos se enterasen de lo que había hecho McErlain por un miembro de su raza. En ese caso, eso podría servir de base para establecer algún tipo de relación...

Kelvin suspiró fatigosamente en la oscuridad.

—Ya es hora de que nos vayamos de este planeta, de cualquier modo.

Surgenor asintió. Podía imaginarse a bordo del *Sarafand,* viajando a toda velocidad hacia lugares distantes, pero la imagen del círculo brillante persistió en su memoria durante largo tiempo.

McErlain se agitó lánguidamente en la penumbra de la cueva. Trató de gritar, pero la congestión pulmonar era tal que sólo pudo emitir un estertor débil y seco. La pequeña figura gris que estaba a la entrada de la cueva no se movió pero siguió contemplando pacientemente el follaje empapado de lluvia. No había forma, de saber, a pesar de tantos años, si lo había oído o no. Se volvió a acostar y, a medida que la fiebre crecía, trató de reconciliarse con la idea de morir.

Haciendo un balance general, había sido afortunado. La paladoriana había seguido tan lejana e incomunicada como cualquier miembro extranjero de cualquier raza extraterrestre con la que se hubiese encontrado el hombre, pero se habla quedado con él, aceptando su ayuda. Podía jurar que había visto algo semejante a la gratitud en sus ojos cuando la ayudó en el difícil período del alumbramiento y en la recuperación posterior. Eso le había hecho bien. Después hubo también oportunidades en las que el había estado enfermo, envenenado por probar frutas o plantas o semillas inadecuadas en busca de comida apropiada para ella y para los chicos. Tenía la idea de que, en esas ocasiones, ella nunca se había alejado de su lado.

Lo más gratificante de todo era el hecho de que la paladoriana y su estirpe eran muy fértiles. Los retoños de ese primer parto cuádruple eran ahora jóvenes adultos y habían producido muchos chicos más. Al verlos multiplicarse, el cáncer de la culpa que lo había devorado desde el incidente del Georgetown dejó de dominar su vida. Seguía estando allí, claro está, pero al final había aprendido a olvidarlo durante horas enteras. Sí al menos hubiese podido enseñarles a los chicos su lenguaje, para poder hacer atravesar un solo pensamiento por la barrera de la estructura lógica, las cosas habrían ido mejor... pero había un límite para lo que un hombre podía pedir. Sí, era un hombre de treinta años, pensó McErlain a medida que el mundo consciente se iba desvaneciendo fatigosamente, y ya era bastante con que se le hubiese dado la oportunidad de rehabilitar su foja de servicios.

Ya bien entrada la tarde, cuando la luz del sol huía a través de los árboles, la Familia se reunió alrededor de la cama en la que yacía el cuerpo de McErlain. Se quedaron allí en silencio mientras la Madre apoyaba una mano sobre la frente helada y cubierta de sudor.

Este ser está muerto, les dijo silenciosamente. Y ahora que quedó saldada la deuda que teníamos con él y que terminó la necesidad que tenía él de nosotros, vamos a viajar hacia el gran hogar temporal de nuestra raza.

Los chicos y los adultos unieron sus manos. Y la Familia se desvaneció.